

NINA CROFT Y
TRACY WOLFF
AUTORA DE LA SERIE CRAVE



**PORTADORA
DE ESTRELLAS**
STAR BRINGER

TRACY WOLFF Y NINA CROFT

PORTADORA DE ESTRELLAS

Traducción de Roberto Martínez González

Título original: *Star Bringer*

© Nina Croft, Tracy Wolff, 2023

Publicado originalmente por Entangled Publishing, LLC.

Traducción publicada por acuerdo con Alliance Rights Agency, LLC. y Sandra Bruna Agencia Literaria, SL. Todos los derechos reservados

© por la traducción, Roberto Martínez González, 2025

© Editorial Planeta, S. A., 2025

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorialplaneta.es

www.planetadelibros.com

© del mapa del sistema Senestris, Elizabeth Turner Stokes

Primera edición: febrero de 2025

ISBN: 978-84-08-29879-3

Depósito legal: B. 1.032-2025

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: CPI Black Print

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



KALINDA, PRINCESA HEREDERA
DE LOS NUEVE PLANETAS

—Se acabó. Tus privilegios como asistente han sido oficialmente revocados.

Lara se aparta la melena castaña de la cara mientras, sin hacerme caso, prepara la monstruosidad gigante de color morado que ha elegido para que me ponga. Aun así, veo que en sus labios aparece el atisbo de una sonrisa.

—¿Y cuáles serían esos privilegios, alteza?

—¿No te parece que los tengas? —Le lanzo una mirada arqueando las cejas desde la cama, donde estoy sentada, pero Lara ya ha empezado a alisarme el vestido de nuevo—. Qué desagradecida.

Una de las mejores cosas de tener a tu mejor amiga como asistente es que puedes tocarle las narices. Es verdad que Lara suele mantener los modales incluso cuando estamos a solas, pero los mejores momentos son aquellos en los que consigo romper la coraza de su decoro. Y la sonrisa radiante que ahora me dedica me calienta por dentro.

Por supuesto, cuando tu mejor amiga también es tu asistente, consigues convencerte para hacer cosas que no quieres hacer, como ponerte vestidos morados que te hacen parecer un slogg del desierto kridacano que tuviera un caso grave de viruela espacial.

—Si con privilegios queréis decir tener el honor de despertarme todos los días antes de las cinco de la mañana, que los Antiguos os bendigan por ello. —Lara continúa desabrochando el vestido más feo jamás creado y luego saca un par de zapatos de tacón a juego.

Parpadeo.

—Admítelo, te encanta que vayamos a nadar a primera hora.

—Oh, por supuesto que sí, alteza. —Lara coge uno de los zapatos y desabrocha la delicada hebilla enjoyada—. Casi tanto como os encanta a vos tener citas con los hijos de los embajadores. Quizá debería comentarle a la emperatriz lo mucho que echáis de menos a Jorathon.

La miro entrecerrando los ojos.

—No te atreverías.

Antes de que pueda responderme, la cápsula en la que viajamos se detiene. Hemos atracado oficialmente en la Estación Espacial Imperial *Caelestis*.

Me da un vuelco el estómago por la mezcla de nervios y entusiasmo. Me muero de ganas de echar un vistazo a la joya de la corona del programa científico del Imperio desde aquella innovadora ceremonia de hace tantos años. Pero esta es la primera vez que estoy cerca de ella, y me estoy volviendo loca de la emoción.

El hecho de que también sea mi primera misión oficial lejos de palacio anula parte del entusiasmo, así como saber que tengo que hacer la visita con las galas oficiales del Imperio mientras hago lo imposible para no meter la pata. Si cometo cualquier error, el consejo confirmará sus dudas y me quedaré encerrada en palacio los próximos cincuenta años.

Así que no tengo intención de cometer ningún error. Ni siquiera merece la pena pensar en las consecuencias.

—Dadme la pierna. —Mientras sigo mirándola con el ceño

fruncido, Lara me coge ella misma la pierna y empieza a meterme el pie en el zapato. Abrocha la hebilla con tanta fuerza que suelto un aullido, y luego alarga la mano para coger el segundo.

—Ya te lo he dicho, puedo hacerlo yo misma. —Intento quitarle el zapato de tacón morado y a cambio recibo un golpe en la mano.

—Asistente —es lo único que dice mientras se pone a calzarme por segunda vez, aunque con mucha más delicadeza que la primera.

—Exacto. Para asistirme, no para vestirme.

—Es lo mismo, y es mi trabajo. —Coloca el segundo zapato en su sitio y la expresión de su rostro se relaja—. Vais a estar preciosa con este vestido, alteza.

Suspiro.

—¿Tan preciosa que a lo mejor hasta conozco a algún guardia de la Corporación que esté bueno o a un friki de la ciencia para pasar un buen rato? —Levanto las cejas varias veces, por si no ha captado el énfasis en la palabra *buen*.

Vuelve a llevar puesta la sólida máscara del decoro; su lisa e intacta piel rojiza solo se ve alterada por la más leve de las sonrisas.

—Claro que no. Por varios motivos.

Lara me sujeta el vestido para que me lo ponga por los pies; así hay menos probabilidades de destrozar el elaborado peinado que ha conseguido hacerme tras pasarse la última hora trenzándose la melena.

—Es broma. No me he olvidado de que estamos aquí para hablar de cómo salvar a todo el sistema de una aniquilación total. Me parece que eso es más importante que echar un polvo.

Lara susurra algo que suena como «discutible», pero lo dice tan rápido que no puedo llamarle la atención.

—Además —añado—, mi madre se enfrentó al consejo para

enviarme en este viaje. Confía en que haga un buen trabajo y no meta la pata. Acostarse con un cualquiera en un laboratorio espacial me parece que es la definición de meter la pata.

Intento respirar hondo; de repente, el peso de todo lo que estoy a punto de hacer parece mucho mayor que un segundo antes, pero Lara ya ha empezado a abrocharme un vestido tan pesado y enjoyado que podría ser una armadura. No tengo espacio suficiente para mover el diafragma, así que seguir haciendo bromas no es una opción. Por desgracia, respirar tampoco.

—Estáis preciosa, alteza. —Lara da un paso atrás y me coloca el último de los botones diminutos adornados con joyas—. ¿Qué os parece?

—¿Existe algún slogg más grande que los de Kridacus? Porque si lo hay, seguro que parezco uno de esos.

—Pues no —responde ella mientras me gira para ponerme delante del espejo de cuerpo entero que hay en la pared—. Los kridacanos son los más grandes, sin duda.

Suspiro con tristeza mientras observo mi reflejo.

—Entonces está claro que soy de una especie nueva. Por lo menos espero ser de una variedad no venenosa.

Lara saca del armario la capa del vestido y me la coloca alrededor de los hombros. Porque, evidentemente, lo que le faltaba a este vestido es una capa morada gigante.

Le lanzo una mirada como diciendo: «Pero ¿qué narices...?», que ignora por completo, y me cierra la capa con un broche en forma de estrella justo por debajo del cuello.

Antes de que pueda intentar convencerla de prescindir de la capa —tiene que haber un límite—, el comunicador empieza a pitar. Lara y yo intercambiamos una mirada, y suspiro profundamente. Solo hay una persona que podría llamarme en estos momentos, y empieza por *e* y acaba en *triz*. Qué suerte la mía.

—¿Qué quiere ahora? —murmuro mientras me dejo caer en

el asiento que hay delante de la pantalla. O, más bien, intento sentarme. El vestido lo hace imposible, así que acabo apartando la silla hacia un lado y me quedo de pie.

—Desearos suerte, seguro. —La respuesta de Lara es circunspecta, justo como se espera que conteste una asistente. Su expresión, sin embargo, deja ver por un instante su absoluta irritación.

Suelto una risita mientras atiendo la llamada.

La emperatriz entrecierra los ojos, mirándome desde la pantalla.

—Espero que no tengas intención de reírte así cuando abandones la nave, Kalinda. ¿Qué es lo que te digo siempre?

—La familia imperial nunca pierde la compostura —recito por enésima vez.

—Correcto. Sé que lo vas a hacer bien, Kalinda. —Me dedica una sonrisa que, por un segundo, casi parece indulgente. Pero, por supuesto, añade—: No hagas que me arrepienta de dejarte salir del planeta. ¿Tengo que recordarte lo importante que es esto?

En mi cabeza, pongo los ojos en blanco.

—Sé lo importante que es esto, madre. Y llevo deseando estar a bordo de la *Caelestis* desde antes de que estuviera en funcionamiento. Te prometo que no os avergonzaré, ni a ti ni al Imperio.

—Asegúrate de que sea así. Y también de que el embajador Holdren no te vea a solas. Sus planes no coinciden con los nuestros, y no quiero que le hagas ninguna promesa. Y evita al delegado de Glacea. Por lo que tengo entendido, suele mantener conversaciones inapropiadas, y preferiría no volver a sufrir ningún «incidente desafortunado».

Me lanza una mirada que sé que pretende avergonzarme. Pero sigo defendiendo mi decisión de empujar al canciller Sa-

malani a los setos de Verbosnia de mi madre. A pesar de que para hacerlo tuve que tocarlo con mis propias manos.

Lo bueno es que desde entonces no ha vuelto a decir ni una palabra sobre mis pechos.

Oigo que llaman a la puerta.

—Lo siento, madre, pero ha llegado Arik. Debo irme.

—Esperará a que acabemos la conversación, te lo aseguro. —Pero acaba cediendo—. No hagas demasiadas promesas. No preguntes demasiado. No olvides mantener un rostro imperial, y lo harás estupendamente.

Como si pudiera olvidarme del rostro imperial. No sonreír. No fruncir el ceño. Parecer interesada pero aburrida al mismo tiempo..., y todo ello sin mover ni un músculo de la cara. Me ha hecho ensayarlo desde que tenía cinco años.

—No lo haré. Gracias por esta oportunidad, madre. —Corto la conexión antes de que pueda decir nada más. Ya estoy lo bastante nerviosa sin sus maravillosos discursos motivacionales.

—Somos muy afortunadas por tenerla —declara Lara. Vuelve a estar totalmente circunspecta, pero al mismo tiempo no lo está en absoluto.

De nuevo, llaman a la puerta.

—¡Ya voy, Arik! —grito.

Lara abre la puerta por mí y luego da un paso atrás para permitir que la guíe hacia la sección principal de la cápsula, que es más o menos la mitad de grande que los aposentos imperiales en los que acabo de estar.

—Lamento meteros prisa, alteza —se disculpa Arik, inclinando la cabeza con respeto. Hay un brillo divertido en sus ojos verdes.

—En absoluto —le respondo—. Estaba hablando con la emperatriz.

Me guiña un ojo, comprensivo. Al igual que Lara, ha estado

a mi lado durante toda mi vida y era amigo de mi padre. Confío en él de forma incondicional.

Mi otro guardaespaldas, Vance, es un miembro nuevo de mi séquito, y estoy segura de que se dedica a informar a mi madre. Le confiaría mi vida, pero no mis secretos..., si tuviera alguno.

De repente, un pitido fuerte desgarró el aire. Me sobresalto, y tanto Arik como Vance parecen preocupados. Vuelvo a poner los ojos en blanco mentalmente. ¿Acaso son ellos los únicos con permiso para estar un poco de los nervios? Es la primera vez que represento al Imperio, creo que puedo permitirme estar algo alterada.

Estaré bien en cuanto salga de aquí.

El piloto debe de haberse dado cuenta de mi reacción, porque me sonrío antes de seguir pulsando un montón de botones que a mí me parecen todos exactamente iguales.

—Solo es el aviso del último control del sistema, alteza —dice él—. Tenemos autorización para desembarcar.

—Gracias.

Lara estira una mano tranquilizadora hacia mí y se detiene en el último segundo. A partir de ahora seguiremos los estrictos protocolos imperiales, y una persona normal no debe tocar en público a una princesa del sistema Senestris, ni siquiera aunque esa misma persona se ocupe de vestirla todos los días. Es otra de las normas extrañas de mi madre, y la añado a la lista de cosas que debo cambiar cuando sea emperatriz.

Respiro hondo de nuevo y le dedico a Lara mi sonrisa más arrogante de «lo tengo controlado». Me la devuelve y ladea ligeramente la cabeza para pedirme que empiece a caminar.

Pero en cuanto extienden la rampa de desembarque de la nave, el estómago me da un vuelco por los nervios. Lo ignoro y me centro en mi misión. Obedecer las reglas. Entregar el mensaje. No avergonzar al Imperio.

Enderezo la espalda y pongo mi mejor cara imperial de estar aburrida. Luego me giro hacia Lara para que me eche un vistazo.

Parece preocupada.

Menos mueca y más sonrisa, entonces. Entendido.

—¿Preparada? —me pregunta.

—Más que eso —respondo.

Estoy lista para salir a la rampa, aunque Arik y Vance se me adelantan. Una mirada tranquila de los ojos gris acero de Vance hace que me detenga, a pesar de la impaciencia que bulle en mi interior. Su misión es asegurarse de que no soy un blanco fácil para nadie. Excepto, por supuesto, para la emperatriz...

Mientras espero, examino a fondo la plataforma de embarque. Es una habitación enorme y cavernosa, con las paredes plateadas y un techo curvado muy por encima de nuestras cabezas. Está llena de lanzaderas elegantes y relucientes con distintos diseños. Todas parecen nuevas e imponentes, incluso las que están restauradas, como si todos los delegados estuvieran decididos a causar la mejor impresión.

Entonces me llama la atención algo que no encaja del todo. Está atracada en la esquina más alejada de la plataforma. Supongo que es una nave, mucho más grande que las lanzaderas, pero es difícil distinguir nada más porque está cubierta por una especie de tela oscura.

¿Para protegerla o para esconderla?

Me encantan los misterios y me muero de ganas de acercarme a echar un vistazo. Pero, en ese momento, Arik nos da luz verde desde abajo y nos ponemos en marcha. El corazón se me acelera. Intento mantener la calma, pero es una ocasión trascendental. Y no solo para mí.

Porque la razón por la que estamos aquí es para averiguar

cuánto ha avanzado la brillante doctora Veragelen con su extremadamente importante y costosa investigación.

¿La inmensa cantidad de dinero invertida en esta estación espacial nos salvará a todos de una muerte abrasadora e inminente?

O, por decirlo con mayor claridad: ¿vamos a morir todos?